

servicio, olvidándose de que nació rica y noble, por sus cuatro costados...!Me corresponde pensar en ella: le dispondré condiciones tan ventajosas como sea posible. Para mí es una linda ganancia tenerla conmigo, y poder cambiar cuatro palabras con una señorita de tan esmerada educación... Es encantadora y no causa nunca: su hablar parece la música de un canario... ¡Ah, si pudiese á fuerza de cariño infundir en su corazón algún afecto á mis opiniones religiosas! No necesitaría más, pudiéndole confiar mis hijas y dormir con la mayor quietud.

Mientras mistress Needle así discurría sobre la blonda cabeza que se le inclinaba delante, Julia despertó un poco, y al verse sola con la señora, comprendió lo que había sucedido.—Perdonadme, dijo incontinenti; he pasado dos noches en blanco, y el sueño me ha vencido.—Mistress Needle la condujo á su habitación, y al darle las buenas noches, vió, no sin un sentimiento de penosa inquietud, que cerca del lecho había colocado ya Julia un hermoso Crucifijo de marfil y una imagen de la Virgen de los Dolores.

X.

ESCRUPULOS Y PREPARATIVOS DE GUERRA

No está ninguno tan distante de sospechar como un alma recta é inocente. Habiéndose abandonado Julia en los brazos de su compasiva bienhechora, no dudaba un punto de que dentro de algunos dias recibiría orden para disponer algo relativo á la enseñanza de sus hijas. Esperando así, acariciaba el dulce sueño de procurar difundir la semilla de la verdadera religión en aquella casa. Compelíala irresistiblemente á ello su propia piedad, y más aún su gratitud. ¿Qué podía ofrecer en cambio del bien recibido, fuera del rayo vivificador de la verdad celestial? Pero le asusta-

ba lo árduo de la empresa. Su primer pensamiento fué ocultar cuidadosamente la secreta llama de su corazón, y en el ínterin discurrir el papel que debía representar. Conoció que no gustaría ni una sombra de quietud propia si no hacía bien á los demás, y si no trabajaba con ahinco en la condición que le asignaba la Providencia, descendiendo voluntariamente un escalón más, cuando se le presentase coyuntura propicia. Esto se propuso. Otra cosa no se propuso, sino que naturalmente lo hizo, esto es, tratar á la Needle con un candor y con una seguridad tal, que le valió diez veces más que cualquier poderosa estrategia.

Entre tanto llegaba la hora del desayuno, hacía Julia lo posible para tomar lengua del nuevo país: la casa de mistress Needle era un país, y muy poblado por cierto. Comprendía cuanto le importaba no dar en falso un paso desde el principio. Aprovechaba, pues, las ocasiones á fin de conversar con la servidumbre más alta, y permitía que le dieran consejos, no sin manifestar suma gratitud: así como era sagaz, conocía las costumbres de la casa, estudiaba el carácter de las personas con las cuales tenía necesidad de vivir, ponía-

se al corriente de los escollos que debía evitar, y procuraba gobernarse á sí propia con prudencia. Más que los otros, le sirvió para su intento una buena joven, que se fué, por decirlo así, á refugiar en ella desde los primeros días, atraída precisamente por lo que preocupara no poco á mistress Needle, esto es, el Crucifijo y la Virgen colocados por Julia en la cabecera de su cama. Kelerina (así la llamaban) vivía en casa de la Needle, cargada de quehaceres y de penas, por ser la que sufría todas las fatigas del servicio de las pequeñas: por compensación, no la quería ninguno de un modo especial, por lo mismo que merecía que todos la quisiesen.

Era hija del Tirol. Mistress Neelde le había echado el ojo y admitido cerca de sí en una fonda de Inusbruck, donde hacía la muchacha de camarera, con una pulcritud, un donaire y una modestia verdaderamente encantadoras. Habíala pedido la Needle á su madre, que se la concedió, á condición de que su hija pudiese cumplir sus deberes religiosos: era católica. Mistress Ana no faltó á las promesas que hizo; mas sus compañeras de servidumbre se complacían en contrariarla: tanto más se atrevían con ella, cuanto, sobre ser senci-

lla, bonachona é infatigable como las Kelerinas de su país, era tan sumamente tímida, que una mirada torva le hacía verter lágrimas. Habiendo ido una vez al cuarto de Julia para llevarle una carta, Kelerina vió con sus ojos las imágenes sagradas que había en él, y alargó los brazos saludándola con un *oh* largo y lleno de inefable alegría. Faltó poco para que saltase al cuello de Julia con el fin de abrazarla; pero no pudo resistir al deseo de besar devotamente la Virgen y el Crucifijo, exclamando:—Por esto la reconozco, señorita, como hermana: ¡alabado sea Jesucristo!

—¡Eternamente! respondió Julia.

Al oír esta contestación, que le recordaba el cristiano saludo de sus montes, la pobre Kelerina sintió subir á sus ojos lágrimas de ventura, y con toda confianza empezó á decir:—¡Ah! ¡Si supiese cuánta saliva me hacen tragar estas protestantes!

—¡Pues qué! ¿La señora te prohíbe las prácticas de la religión católica?

—Ella no, repuso Kelerina: si pido vènia para ir á misa, me la da; pero miss Mary y las otras mujeres siempre me suscitan algún obstáculo: oigo misa el domingo, cuando en el pueblo vecino se dice;

mas por devoción, si puedo ir por Pascua y por Navidad, no consigo poco.

Julia recogió ávidamente tales noticias, añadiendo:—¡Oh! ¿Por qué miss Mary te o impide si la señora te da permiso?

—Miss Mary no está bien con nadie; respondió Kelerina: es la mujer mas ruin de la casa. Me mirará siempre con malos ojos, mientras no quiera yo acompañar las señoritas al templo, lo cual no haré nunca, interin conserve mi nombre de Catalina Krupp, y sea católica para ir á la iglesia y al paraíso, pero no para ir á la sinagoga de los protestantes, y después al infierno. Oid, Señora Julia: si quereis continuar aquí bien, guardaos de Miss Mary: cuando nó la hace, la piensa.

Quiso el buen ángel de Julia que los frecuentes coloquios de Kelerina con ella fuesen referidos á la señora de la casa. Lejos ésta de hacer por ello calendarios, tomó la cosa por su buen aspecto, y llamando incontinenti á la muchacha, le preguntó:—Dime pronto, Kelerina: ¿es verdad que la señora Julia te quiere bien?—Respondió Kelerina:—Es una señorita tan bien educada, que quiere bien á todos.

—¿Quieres cuidar de su cuarto?

—Con mucho placer, señora.

—Pues bien; yo te libraré de todos los demás servicios.

—No es menester; hallaré tiempo para todo.

—No, no, añadió entónces mistress Needle; no te quiero sobrecargar: irás al templo con ella cuando guste, y tomarás el almuerzo en su compañía, ó ayunareis cuando queráis. Pero dos cosas exijo de tí: la una es que no hables nunca de Julia con las mujeres de casa, ¿has comprendido? ni para bien ni para mal; la otra es que la contentes mucho y tengas siempre su habitación más limpia que un espejo.

—No dudeis que la serviré precisamente como á vos misma os serviría.—

Kelerina fué alegremente á dar á Julia esta noticia, que sabíala ya, y que la recibió graciosamente. Por ello la joven, llena de gozo, y procurando chapurrar un poco el italiano (por haber nacido en los confines de Italia, no desconocía completamente la lengua de Julia), imaginó haber casi encontrado su protectora, y concluido con ella un tratado de guerra ofensiva y defensiva. Mistress Ana, por el contrario, no sin motivo la separaba de su cargo anterior. Comenzaba un poco á dolerse de haber querido confiar tan presto

á Julia la educación de sus hijas: un terrible escrúpulo dominábala y consumíala, temerosa de que la papista, porque al fin lo era la joven hasta la médula de sus huesos, no se supiese contener del todo, y escandalizase á sus hijas de alguna manera. Aquella imagen de la Virgen, sacada tan pronto, daba miedo á la celosa pietista, haciéndola casi concebir el propósito de hacer de Julia una simple dama de compañía. Así ella y la otra mujer católica no podrían ingerirse de ningún modo en las cosas de las niñas.

Para que insistiera en su nuevo propósito, trabajaba con el mayor ahinco miss Mary, la perseguidora de Kelerina. Era una vieja solterona, potente en la casa, no tanto por su prestigio, cuanto porque todo lo que hacía ó deshacía era enteramente aprobado por la señora. Para entender la prepotencia de miss Mary, es preciso referir en breves frases su historia. En su juventud había enseñado el idioma materno á la propia mistress Ana, entonces pequeña: al casarse, la siguió á título de camarera y mujer de confianza. En materia de religión profesaba principios inflexibles, y creía honrarlos martirizando á todos los que á su modo de ver se apartaban de

ellos. Ya se consideraba como persona de la familia, por lo cual no quería oír hablar de salario prefiriendo algún regalo de cuantía que de vez en cuando hacía admitir la señora. Cifraba toda su felicidad en hacer como si mandase á esta, y en repetir después á las personas del servicio que tal cosa se hacía, por haberla aconsejado, y que tal otra no había podido hacerse, por no merecer su aprobación.—Esta mañana, decía por ejemplo, he hallado á la señora un poco descolorida, la he mandado incontinenti á la cama, y no se levantará sin mi permiso. Quien la oía, guardabase mucho de reír en su presencia.

La buena mistress Needle, venida la hora de pensar seriamente ya en el aprovechamiento de sus hijas, con sumo placer de miss Mary, que se figuró así afirmar su dominación, la rogó que hiciera con las criaturas lo que hizo con ella en su infancia. En su virtud, metió no poco ruido con su escuela; hacía de una bagatela de ortografía una cuestión de estado, y el fin del mundo, de una regla de sintáxis. Las lecciones que señalaba eran ciertos trozos insignificantes de historia patria, en los cuales hacía figurar cuatro ó cinco señores del *clan* de Irlanda, y hablaba finalmente

del rey Dermot de Connaught, que para ella era un héroe, por haber llamado, á fin de destruir su patria, las armas inglesas. Dictaba también cúmulos de fechas, que honraba con título de Estudio sobre las revoluciones de Inglaterra; pasaba en revista la conquista romana, la sajona, la danesa y la normanda, haciendo una mezcla con párrafos de Ceawlini, de Vortigherini, de Aella, de Penda, de Edwy, de Etelvofi, de Canuti y de Hardicanuti, que eran el desaliento de las alumnas. Otras veces daba por escrito una instrucción sobre los reyes de Deiria y de Bernicia, de los cuales había salido el reino de Nortumbria, en tiempo de Eduino, potente rey, y fundador, aseguraba miss Mary, de Parque verde, ó de un castillo que estaba en el mismo lugar. Por cuyas eruditas lucubraciones echábalas ella de historiadora. Mistress Needle, que sabía perfectamente la historia patria, no dejaba de advertir los golpes sufridos por la cronología á causa de la erudición de su vieja servidora; pero hacía como si no los notase, porque miss Mary juzgaba con sanos principios antipapistas el período de la reforma, que era el punto principal. Perdonaba mucho á su

antigua educadora, en gracia de sus buenas intenciones, así como de los rigurosos consejos de honestidad y modestia que le dió siendo niña.—Dejadla hacer á su modo, respondía mistress Ana cuando alguno se dolía de las ridiculeces de la vieja; añadiendo en su corazón:—¡Pobre mujer! ha-me siempre amado, servido y adorado; es la fidelidad en persona; precisa no contristarla ahora que sus cabellos han encanecido en mi casa.” Tales sentimientos de la señora bien conocidos, relativamente á miss Mary, eran el fundamento de su prepotencia.

No anduvo lenta miss Mary en acudir á sus armas cuando se apercibió de que se trataba de darle una sucesora en Julia; conociendo el lado débil de mistress Ana, no dejó de soplarle los oídos con las razones de la conciencia.—Cuidado, decía con libertad censoria, cuidado, mi buena señora; esta señorita tan abispada, tan lista, y, lo que peor es, tan italiana, no me gusta del todo: no hay que perderla de vista, para que no trate á vuestras hijas con demasiada franqueza. Es un sol, lo admito, hermosa y digna de vuestra confianza; pero, en fin, será siempre cierto que las hijas de Moab fueron el escándalo de la casa de Israel. Habeis

procurado con la mayor ansia alejar de los habitantes de la parroquia un pastor medio puseista, que al fin y al cabo no era del Papa: y ¿quereis dejar vuestra sangre en poder de una joven (joven es) que nos ha venido del centro de la Babilonia romana, siendo toda papista y toda superstición? Vuestra madre, ciertamente, no me hubiera fiado nunca vuestra infancia, á no conocer bien mis principios ortodoxos: ¡es tan facil que la juventud se deje seducir por las novedades! No he dejado de hacer el oficio de centinela de noche, como dice el profeta Isaías, y he dado la voz de alerta; pero si desgraciadamente ocurre lo que temo, nadie podrá pedirme cuenta de la perdición de vuestras hijas: he puesto en salvo mi conciencia.—

Si bien tenía la señora Needle á su antigua maestra por exagerada y ponderadora, sus palabras, añadidas á sus propios terrores, suscitaron en su espíritu una terrible tempestad. Advertiase aún en su semblante, que algún pensamiento afanoso la tenía sumamente agitada: las mujeres de su mansión sospechaban que algún nuevo disgusto con el rector de la parroquia ó con los feligreses, la tenía de mal humor ó bien que le conturbaba alguna triste no-

ticia sobre la salud de John. Lo peor era que Clara y Clemencia, por su juvenil sencillez, hacían cien caricias á Julia, lo cual angustiaba no poco á la madre, por el miedo que tenía.—¡Si á lo menos las inocentes no estuvieran tan enamoradas de ella! Pero con la estimación que le profesan y con su amor tan cándido como entrañable, es imposible que no experimenten alguna simpatía por la religión de Julia. . . Yo no, por estar instruida y ser señora de mi corazón; el efecto que me producen las devociones de Julia es solo de lástima; mas aquellas pobres palomas inexpertas, ¡quién sabe, quién sabe. . .! es necesario que á todo trance ponga término á este peligro: es un deber; ¡división, división!—

Aquí, á los propósitos de guerra defensiva, sucedían por vía de refuerzo, los designios de guerra ofensiva.—Porque, decía ella, si Julia estuviese retirada de toda familiaridad con las pequeñas, quedando reducida sólo al papel de dama de respeto, se abriría el campo para obrar asiduamente en su espíritu y familiarizarla con la religión anglicana; nacerían coyunturas para librar su mente de las preocupaciones papistas, y poner en su verdadera luz las supersticiones condenadas por el Ver-

bo de Dios. Mistress Needle hacía mucho caso de su ciencia bíblica, y además había viajado no poco, pretendiendo conocer los puntos vulnerables del papismo: no dudaba de que Julia paulatinamente se deleitaría con la verdad más que con la mentira, no bien la esclareciese con dulzura ella, su amorosa amiga y bienhechora. Por si abría Julia sus ojos á la luz del Evangelio, mistress Needle ya en su corazón la colmaba de favores, y no ponía término á su cariño: la consideraría como de su familia, constituyéndole una dote, porque, fuera del patrimonio para su primogénito, poseía bienes libres, con los cuales podía crear, sin perjuicio de nadie, una posición desahogada, digna de su hija espiritual.

No se le ocultaba que medirse con la joven abiertamente por medio de controversia, tendría por el pronto muy mal resultado: Julia se pondría en guardia, resistiendo y peleando fieramente con su ingenio agudo y con su conversación variada, aunque solo fuese por un puntillo de honra. Convenía, pues, celar las piadosas insidias bajo la especie de una conversación, y escoger prudentemente el terreno de batalla, ponderando las ventajas de la Iglesia reformada y trayendo á la memoria

puntos en los cuales evidentemente, podía con fundamento, según ella pensaba, condenar el papismo. Para poner en práctica su propósito, la señora Needle dispuso una sutil estratagema, esto es, suscitar en apariencias cualquier cuestión religiosa, y reservarse realmente á sí sola el derecho de infringir los pactos para el bien espiritual de su amiga.

Sobre tales designios mistress Needle daba vuelo á su imaginación, construía quimeras maravillosas, exaltaba su mente y ardía en deseos de ver terminada su obra: entre sus castillos en el aire, y sus escrúpulos como buena madre, y los consejos prudentes de miss Mary, no acababa de resolver la ocupación á que debía dedicarse Julia. Así pasaron dos semanas. Descansaba la joven, y seguía tratando muy gentilmente á la protestante. En el interín, no viendo los del castillo que se tomaba una determinación relativamente á ella, hacían conjeturas. Miss Mary se jactaba secretamente con todos, menos con Kelerina.—Esta pizpireta italiana no me gusta, y no se hará nada con ella: ya he procurado que me oiga la señora.—Entre tanto John estaba para regresar del colegio, y la estación de hacer el viaje iba á llegar: era

preciso venir á un acuerdo. Mistress Needle determinó hablar con Julia aquel mismo día, y manifestarle con finura, sí, pero sin velo, la resolución tomada de tenerla para su propia compañía, y librarla con tal pretexto, de todo cargo relativamente á sus hijas.

Era esto un desdecirse de lo dicho, que le imponía su conciencia timorata, pero errónea, y que deploraba Julia no menos que la propia mistress Ana. Mas el hombre propone y Dios dispone.

XI.

EL CONCORDATO PATENTE Y LAS INTENCIONES

RESERVADAS.

En los últimos días de Septiembre, la familia de la señora Needle aguardaba la hora del desayuno, gozando la débil luz de un sol ya nebuloso é incierto. Con frecuencia en Parque verde hacía de salón el jardín, en el cual reuníase la familia delante de la mesa. Mas las tierras parecían tristes, por carecer casi absolutamente de